

la mera alegoría. Pase cuando el poema todo es alegórico, como una loa y como muchos autos sacramentales. Pero cuando el poema quiere ser viva representación de la realidad, no puede ni debe fundarse en mera alegoría. ¿Cómo saltar á la vida real, representada artísticamente, por obra y gracia de una figura retórica? Don Pablo no se transforma de viejo en mozo, y de mortal en inmortal, ni por medio de brujas, ni por medio de hadas, ni en virtud de la portentosa operación de diablos, de genios ó de dioses conocidos, sino porque dos figuras retóricas, la Muerte y la Inmortalidad, se le aparecen en sueños personificadas, y él elige la Inmortalidad. Estos fantasmas vanos no ejercen poder alguno. La voluntad de don Pablo es el único poder sobrenatural, cuando opta entre los dos fantasmas y lo que representan, y, apenas opta y elige, logra lo que ha elegido. Ni se diga que esto es muy profundo, que esto es muy filosófico, que esto significa que la voluntad humana es la grande y verdadera diosa, taumaturga, hacedora de prodigios; porque, aun dando de barato que Espronceda tuvo tal pensamiento, el pensamiento será muy hondo, pero deja de manifestarse con la suficiente virtud poética para que veamos tan claro el milagro del remozamiento, como, por ejemplo, en Fausto. Así es que, al saltar del canto I al canto III, ó hacedmos un esfuerzo para olvidar el prodigio inverosímil del remozamiento y tomar á Adam por un mozo sin experiencia y por sér vivo, ó seguimos viendo en él un capricho de la fantasía, que casi se evapora, y no tiene, ni con mucho, la personalidad de Fausto ó de Ashavero.

De todos modos *El diablo mundo* es, hasta aquí, de una elevadísima poesía. Desde el tercer canto hasta el final de lo que Espronceda dejó escrito, la obra por el asunto decae demasiado: es como novela de costumbres contemporáneas algo en el género de las de Eugenio Sue, donde figuran presidiarios, bandidos, ramerías y otra gente menuda y perdida; donde son los principales lugares de la escena cárceles, tabernas y lupanares; donde se habla mucho en calor y se dan lecciones dignas de darse en este lenguaje; y donde se cuentan robos y otras cosas por el estilo. Hay, sin embargo, en estos cuatro últimos cantos trozos bellísimos, como ya hemos dicho, aisladamente considerados. Así la pintura de Adam al parecer convertido en mozo; la de su primera union amorosa con la Salada; todo el diálogo de la Salada y de Adam, en la habitación de esta, cuando Adam le refiere el sueño que ha tenido; y no pequeña parte de la descripción del palacio de la condesa de Alcira; de ella misma; de las impresiones que recibe Adam al ver todo aquello, cuando va á robar con los bandidos; y de su súbita resolución, puesta por obra, de defender tan generosa y eficazmente á la dama, contra la cual había ido, sin plena conciencia, á cometer los mayores delitos.

El diablo mundo, además, está lleno de digresiones y de disertaciones y genialidades, por el estilo de las del *Don Juan* de Byron, que interrumpen la narración y en cierto modo la adornan y sazonan. También en estas digresiones hay á veces no poco que alabar. Ya son graciosos epigramas, ya discursos semi-cómicos, ya pensamientos ó meditaciones de alto vuelo. Los chistes y la gracia abundan allí, como, por ejemplo, en aquel adiós que da el poeta á la juventud y á los amores, cuando advierte, una mañana al afeitarse, que tiene ya muchas canas.

Hemos dicho, con sinceridad, lo que de Espronceda pensamos. De todas nuestras parciales observaciones, si se suman y combinan, se verá que es mas lo favorable que lo adverso. Espronceda fué un gran poeta, á pesar de todas sus faltas.

Nos hemos detenido, mas quizá de lo que conviene en una historia general, al hablar de la poesía, en este período, porque en este arte, y no en las ciencias, se mostró entonces mas lozano el ingenio español, y porque además aquella fermentación poética influyó en la revolución refrenándola y aun haciendo que su corriente retrocediese. Los mismos hombres que en la vida práctica eran progresistas é incrédulos, no bien se ponían á escribir versos, se convertían en reaccionarios y creyentes. Muchas causas contribuían á esto, no siendo la menor la consideración de nuestra grandeza nacional cuando teníamos Inquisición y fanatismo, y de nuestra postración, á pesar de la libertad política y de cierta tolerancia religiosa y

filosófica. Sin duda que el raciocinio era sofisticado. La postración había venido con absolutismo y fanatismo; y, en pocos años, y estos de guerra civil, no era fácil levantarse de aquella postración, de la cual, así como de la misma guerra, el absolutismo y el fanatismo habían sido gérmen y causa. Pero la pasión no raciocina; se deja llevar de un ímpetu ciego; y con ese ímpetu, con el amor de la patria, volvíamos los ojos á lo pasado. Tal vez sospechaban muchos que el espíritu, las ideas, las afirmaciones y teorías en que se funda la civilización novísima, tenían algo de perjudicial á nuestro sér: hacían la gloria y la pujanza de otros pueblos y á nosotros nos rebajaban. Ello es que, fuera por lo que fuera, desde las odas de Quintana, que si bien vivía callaba, apenas, hasta 1844, hay una sola alta composición poética con sentido liberal y progresista. La mejor, escrita con este sentido, era también de Espronceda, *Al Dos de Mayo*; pero escrita, no con desinterés estético, sino con la intención de promover un motín, tiene algo de artículo de fondo rimado. Quintana seguía siendo, pues, el único gran poeta liberal progresista. El había hecho de Felipe II el tipo de la tiranía, causa principal de nuestra decadencia; y lo había hecho cuando aun había gobierno absoluto. En el período de libertad, quizá por gusto de ser de oposición y de mostrarse mal avenidos con lo presente, los poetas trataron de realzar lo pasado, y, como su momento mas dichoso para España, el reinado de Felipe II, á quien presentaron como un gran rey, centro, promovedor, y casi autor de nuestras mayores glorias. Nadie hizo mejor esta semi-apoteosis, que un ilustre prócer, poeta elegantísimo, en una composición premiada en 1842 por el Liceo de Madrid. *La muerte de Felipe II* del duque de Frias es la brillante respuesta dada á *El Panteon del Escorial* de Quintana. Y á la verdad que, si hemos de juzgar por la magnificencia y corrección del lenguaje, por la gallardía del estilo y hasta por el entusiasmo y el estro, la defensa del Rey Prudente no es inferior al ataque. Y no se diga que un duque había de ser conservador y hasta retrógrado. El de Frias se había mostrado muy liberal en todos los actos de su vida. Hasta como poeta lo había sido en sus primeros años, siguiendo de cerca á Quintana. Como Quintana, había el duque prorumpido en rítmicas alabanzas á los progresos del espíritu humano y había ensalzado á los egregios pensadores que rompen los férreos grillos del terror y dan libertad al pensamiento: á Newton, á Locke y á Condillac, y hasta á Herder y á Kant, sabios y filósofos estos últimos, que, en 1807, año en que el poeta los nombra, apenas serían conocidos en España de otra persona mas que de él, que era sumamente ilustrado.

Grandes faltas hubo de cometer el partido progresista para que tantos de los que pensaban y sentían altamente se hicieran retrógrados; cierta rusticidad espartana ó pseudo-espartana hubieron de mostrar para que las personas mas cultas se inclinaban al moderantismo: y acaso hicieron gala de un menosprecio injusto y nacido de ignorancia por nuestras glorias pasadas, para que, en nombre del amor patrio y de esto que se llama *españolismo*, rayasen á veces en antiliberales no pocos que en realidad no lo eran y que nunca lo habían sido. Ello es que ocurría algo de contradictorio. Los partidos mas liberales y que se llamaban progresistas se habían quedado en el año de 1812: si tenían algun fundamento filosófico, era el enciclopedismo y el sensualismo francés del siglo XVIII: su núcleo estaba compuesto de los *doceañistas*: mientras que en los moderados parecía haber mas progreso: ya seguían el doctrinarismo y el eclecticismo francés de Guizot y de Cousin, ya empezaban también á prendarse del tradicionalismo de Bonald y De Maistre.

El duque de Frias, sin embargo, fué muy liberal cuando mas convenia y cuando mas difícil era serlo. En 1834 escribió un soneto en alabanza del siglo XIX, poniéndole por cima de todos los siglos; y hasta en 1829, cuando Fernando VII iba á dar la amnistía, al celebrar su casamiento con María Cristina, el poeta, aunque mitigándolo con una elegante lisonja á dicha augusta señora, se atreve á recordar al tirano las víctimas que había hecho bajar al sepulcro y cuyas sombras solo por milagro podían ser aplacadas.

También en un poema, titulado *Nuestro siglo* y de que solo

queda el comienzo, muestra el duque, á par de sus sentimientos de hidalga lealtad al monarca, su espíritu liberal, exclamando, al hablar de su época:

Tuyo mi número es, tuya mi lira,
Puesto que es tuyo el agitado aliento
Que mi existencia atónita respira:

y no peca por cierto de lisonjero, sino de muy atrevido y lleno de merecida severidad, cuando recuerda á Fernando VII lo que ha hecho la nación de sacrificios y lo que ha vertido de sangre por conservar el abandonado trono, y luego añade:

Mas quizá la futura
Generación, contando
Por los sucesos de amargura y gloria
La duración de tu agitado mando,
En el lejano tiempo venidero
Juzgará que reinaste un siglo entero.

¿Cómo negar que muchos dejaron de ser liberales porque así les convenia? Pero tales mudanzas podrán explicarse en este ó en aquel individuo por motivos tan ruines. Para explicarlas en grandes agrupaciones, menester es acudir á otras causas. Y sobre las ya mencionadas, debemos contar también la violenta separación de nuestras colonias del continente americano, inevitable sin duda, pero hecha en mala sazón, con ingratitud y con encono, abiertas aun las heridas de la madre patria, recibidas en su heroica lucha contra Napoleon I. Movido el duque por el dolor y el enojo que esta separación é ingratitud le inspiraban, dijo, en 1832, en su oda *A las nobles artes*, los versos mas hermosos que han salido de su lira:

¡Gentes que alzais incógnita bandera
Contra la madre patria! en vano el mundo
De Colon, de Cortés y de Pizarro,
A España intenta arrebatar la gloria
De haber sido español; jamás las leyes,
Los ritos y costumbres que guardaron,
Entre oro y plata y entre aroma y pluma
Los pueblos de Atahualpa y Motezuma,
Y vuestros mismos padres derribaron,
Restablecer podreis: odio, venganza
Nos jurareis, cual pérdidas hermanos;
Y ya del indio esclavos ó señores,
Españoles seréis, no americanos.
Mas ahora y siempre el argonauta osado,
Que del mar arrostrare los furores,
Al arrojar el áncora pesada
En las playas antípodas distantes,
Verá la cruz del Gólgota plantada
Y escuchará la lengua de Cervantes.

Por las pocas cosas que hemos citado se ve que el duque de Frias era un egregio poeta, si vivo aun hasta 1851, nacido en el movimiento anterior de las ideas de la revolución francesa del siglo XVIII y de nuestra guerra de la independencia. Así Quintana, Lista, Reinoso y otros, que alcanzaron hasta nuestros días, aunque no con la fecundidad y actividad del duque. Así también el despedido contra su patria don José María Blanco (White) y el fecundo don Joaquín Lorenzo de Villanueva, muerto el primero en Liverpool, en 1841, y en Dublin, el segundo, en 1837, y de quienes hablaremos de nuevo cuando nos toque hablar de la ciencia y filosofía españolas.

Pongamos ya punto á esta pintura y larga enumeración de la poesía y de los poetas que mas se hicieron notar del 1834 al 1844.

CAPITULO IV

Los periódicos.—Las costumbres.—Los partidos.—La aristocracia.—Relaciones diplomáticas.—Relaciones con Roma.

Toda la fecundidad literaria, de que hemos dado cuenta en los capítulos anteriores, se divulgaba, mas que en libros, en periódicos, de los cuales, en alguno de los últimos años del absolutismo, apenas si llegó á haber media docena en toda España, contando entre ellos la *Gaceta* y el *Diario de Avisos*. Pero, con la nueva era de libertad, aparecieron en gran número las publicaciones de esta clase, reemplazando los libros, que

pocas personas leían y escribían. Los periódicos literarios fueron bastantes, y algunos de utilidad y mérito. Ya hemos dicho que Carnerero fundó las *Cartas españolas*, en 1831, convertidas en *Revista española* en 1832. Mesonero Romanos fundó, en 1836, el *Semanario pintoresco español*, primer periódico con grabados en madera que ha salido en España y que difundió los conocimientos útiles y el buen gusto literario y artístico, durante mas de veinte años que tuvo de existencia. En él escribieron casi todos los autores que hemos citado ya y muchos otros.

Merecen mentarse también *El Criticon* de don Bartolomé José Gallardo; *El Laberinto*, dirigido por don Antonio Ferrer del Río y don Antonio Flores; *El Artista*, fundado en 1835, ilustrado con litografías de Madrazo y de otros pintores y dibujantes, y donde los maestros del romanticismo sostuvieron su doctrina y dieron ejemplo de ella; *El Pensamiento*, que en 1841 aparece y muere á poco, como fugaz resurrección de *El Artista*; *El Iris*, también de vida corta, nacido y muerto en el mismo año de 1841; *La Revista de España* y del *Extranjero*, que empezó á principios de 1842 y vivió algunos años, dirigida y casi redactada toda ella, por el infatigable don Fermín Gonzalo Moron; y la *Revista de Madrid*, que empezó en 1838 y vivió menos, aunque en ella insertaron artículos los mas notables escritores de entonces.

Mayor importancia y valer que los periódicos literarios tuvieron los políticos, donde los literatos solían escribir de literatura y no pocos de política también; porque la política daba mas notoriedad y mas prontos y provechosos resultados. Ello es que mas de la mitad de los hombres, que despues han ganado fama en la tribuna y en el foro y han ocupado sillones ministeriales y hasta han sido jefes de partido, empezaron entonces por ser periodistas. En *La Abeja*, en *El Correo nacional* y en *El Piloto*, escribieron don Joaquín Francisco Pacheco, don Juan Bravo Murillo, don José Pérez Hernandez, don Antonio Alcalá Galiano, don Antonio de los Ríos y Rosas, don Juan Donoso Cortés y don Luis Sartorius. Este último personaje empezó á adquirir toda su importancia dirigiendo *El Heraldo*, que apareció á mediados de 1842. La manía de lucirse y de ser muy doctrinales, esto es, de atiborrar los periódicos serios de artículos de fondo, que casi nadie lee nunca y que á menudo no se entienden, hizo que en tan vana tarea se despilfarrase mucho ingenio, sin conseguir con frecuencia sino hacer variaciones sobre el mismo tema ó repetir el mismo pensamiento, dado que algun pensamiento hubiese, de mil maneras distintas. Sin duda, para quitar el empalago de esta seriedad y para dar mas sal y pimienta al periodismo, aparecieron los periódicos satíricos, ó en los mismos periódicos serios hubo su parte satírica, en verso ó en prosa, y casi siempre ofensiva y desvergonzada. No tuvieron, por cierto, mucha moderación en esto los moderados y sus periódicos. *El Mundo* y *La Posdata* fueron dechado de insolencia. En el partido progresista llegaron á señalarse, en este género harto atrevido y peligroso, tres sujetos muy célebres, cada cual por su estilo: el chistosísimo poeta Martínez Villergas; el mas tarde benemérito historiador don Modesto Lafuente, cuyo buen sentido á veces, mezclado con chistes y chocarrerías frías, le hicieron alcanzar una popularidad que pocos han alcanzado y ser amado por el vulgo hasta con delirio, bajo el pseudónimo de Fray Gerundio, título también de su periódico; y, por último, don Luis González Brabo, mas audaz y descompuesto que nadie en los ultrajes que infería, cuando bajo el nombre de Ibrahim Clarete publicaba *El Guirigay*.

La guerra civil, los pronunciamientos frecuentes, las ambiciones solevantadas y todos los casos ocurridos durante la menor edad de Isabel II, no eran por cierto muy á propósito para mejorar las costumbres públicas y privadas, ni para hacer mas grata y mas moral la vida; pero estábamos tan mal, al morir Fernando VII, que bien se puede afirmar que, á pesar de todo, se ganó bastante en los diez años que siguieron á su muerte.

Sin ira ni estudio, ajeno á toda pasión política, como él mismo dice, *casi al borde del sepulcro*, y testigo imparcial de todo, Mesonero Romanos hace una pintura del estado de nuestra sociedad de entonces que inspira mas horror por lo mismo

que está hecha sin pasión alguna, natural y candorosamente, y sin el menor rastro de estilo declamatorio. No queremos decir aquí nada por nosotros mismos y dejamos hablar á Mesonero Romanos.

«Se promulgaban decretos de proscripción y de muerte; se sorprendían correspondencias; una palabra imprudente bastaba para llevar á un hombre al patíbulo, como al infeliz zapatero Juan de la Torre, por haber exclamado: «¡Libertad! ¿dónde estás que no vienes?» Cerráronse las universidades, prohibióse rigurosamente la entrada de los diarios extranjeros, y cesó, en fin, la publicación de todo lo que pudiera oler á ilustración y patriotismo. Parapetados en el irresponsable ejercicio de la autoridad, sin trabas de ninguna especie ni en las leyes ni en la opinión (que no tenía medio alguno de manifestarse); seguros, por lo tanto, de la impunidad mas escandalosa, los magnates y funcionarios, mas absolutos aun que el mismo monarca, gobernaban á su antojo; hacían y deshacían leyes, y disponían en favor de sus hechuras y paniaguados, de los destinos, gracias y mercedes que debían ser el premio del talento y la laboriosidad; y auxiliados por una larga cadena de parásitos intermedios de uno y otro sexo, habían convertido en fructuosa granjería, desde las altas dignidades de la Iglesia y de la magistratura hasta los cordones de cadete ó los estancillos de tabaco.

«Al mismo tiempo que los grandes servicios del Estado, el ejército, la marina, la magistratura, la instrucción, la beneficencia y las obras públicas, yacían en el mas indecoroso abandono; el crédito público puesto en olvido, y el comercio y la industria entregados á la mas abyecta nulidad.

«La moralidad privada corría parejas con la pública del gobierno y los magnates. La falta de cumplimiento de sus deberes y compromisos, autorizada por el ejemplo del gobierno, era cosa corriente, desde el grande de España, amparado contra sus acreedores con una cédula de *moratoria*, hasta el inquilino de una habitación ó arrendatario de una heredad, que se creía autorizado para no pagar al propietario, por aquella regla *que al que nada tiene, el Rey le hace libre*; y las quiebras fraudulentas y las violaciones de depósitos entre particulares eran una consecuencia lógica de las ejercidas por aquel gobierno paternal.

«La seguridad privada de la propiedad y de las personas era completamente un nombre vano, por falta de vigilancia de la autoridad. Conocidos son los nombres de *Jaime el Barbudo*, *José María* y los *Niños de Eoija*, y otros héroes legendarios de esta calaña, que eran dueños absolutos de carreteras y travesías, y con quienes las empresas de trasportes, y hasta el mismo gobierno y la real familia tenían necesidad de entrar en acomodos y pagar tributos, á manera de seguro, para no ser molestados; ó bien que, indultados alguna vez de las penas merecidas, venían con ciertas condiciones á convertirse en escolta de los mismos viajeros que antes desbalizaban ó hacían perecer. En las ciudades y en el mismo Madrid no eran menos frecuentes los ataques contra la propiedad y las personas, ejecutados, no con ingeniosos procedimientos ni estudiada astucia, sino franca y descaradamente, en medio del día, en las calles un tanto extraviadas, y escalando por las noches los balcones de las casas, violentando las puertas y penetrando en las habitaciones; y en cuanto á las personas, recuerdo, entre otros varios, el secuestro de una señora, vecina de mi casa, arrancada violentamente del brazo mismo de su marido en una noche de verbena de San Antonio, y el de otra, muy conocida también, que saliendo de tertulia en la calle de Atocha, acompañada por un criado, fué arrastrada por dos audaces libertinos hasta el alto de San Blas, donde saciaron en ella su brutal apetito, bien que, sorprendidos á pocos pasos por unos serenos (únicos vigilantes de aquel tiempo), fueron reducidos á prisión, y á los ocho días pagaron en el mismo sitio con sus vidas aquel infame atentado. Pero ¿qué mas? Hasta el mismo claustro se vió contagiado de este desenfreno, siendo teatro del horrible asesinato del abad de San Basilio, perpetrado por su misma comunidad; y pudiera recordar también á otro fraile, no sé de qué orden, que ví conducir al patíbulo por haber dado muerte, y con los mas repugnantes detalles, á una mujer con quien tenía relaciones.

«La decantada religiosidad de aquellos tiempos solo se manifestaba en rosarios, procesiones y solemnidades; pero precisamente en ellas era también mayor el escándalo que la ignorancia de los predicadores producía en el templo del Señor, con manifestaciones de que hoy no se puede formar idea. La indiscreta juventud que hacía alarde, no del escepticismo moderno, mas aparente que real, sino de la mas cínica impiedad, seguía este instinto fatal, no contenida, antes bien sobrexcitada por las persecuciones y anatemas.»

Esta negra pintura del estado social de España, al morir Fernando VII, es aun mas negra y horrible hecha por la pluma de escritores extranjeros. El marqués de Custine, que recorrió toda España en 1831 y que era mas absolutista que liberal, nos trata por cierto con insolente dureza, pero no deja de haber mucho de verdad en sus observaciones y censuras, que aun en el día ponen rojo de vergüenza á todo español que las lee. El terror monacal y monárquico dice que reina aquí en todas partes. ¿Qué se puede esperar de este país, añade, mientras dure un orden de cosas fundado en la doble rapiña de la administración pública y de los bandidos? Para Custine no hay mas que dos poderes en España: el de un clero vicioso é ignorante en las ciudades y el de ladrones en cuadrilla en los despoblados; ladrones cuyas hazañas y bizarrías, sostiene él, que eran simpáticas al pueblo, y hasta confiesa que le son simpáticas por realizarse en la lucha contra un gobierno y contra una sociedad que califica del modo mas duro: donde *la religion tolera tantas debilidades que parece que la fe perjudica á la moral*.

No era el marqués de Custine el hombre mas autorizado para hablar de moral y de religion; pero no le citamos como autoridad, sino como testigo; y, por mordaz y malévolo que se le suponga, todavía debemos reconocer que algun fundamento le había dado el espectáculo que España presentaba á sus ojos para llegar á decir lo siguiente: «Resultado de tantos vicios públicos y privados una masa de corrupción, de que ningun país civilizado de Europa ofrece hoy ejemplo. Todos los espíritus se doblegan á la traición, á la venalidad y á la injusticia, y los hombres de bien que quedan descubiertos, entre este pueblo de hipócritas, se sienten intimidados de su pequeño número y tratan de ocultarse entre la multitud de los pícaros.»

Por fortuna el gran sér de nuestro pueblo conservó su energía y su virtud latente, á pesar del corruptor absolutismo secular, y dió muestras de sí durante la gloriosa guerra de la independencia; y, á pesar del absolutismo mas degradado aun y mas enconado del reinado de Fernando VII, apareció con nuevo brio, á los pocos años de empezada la revolución, abriendo su seno á las ideas modernas y produciendo una transformación completa de la sociedad española. «Así es que, como dice otro escritor extranjero, cuando se examina el estado de la Península, despues de la larga guerra civil que la desoló durante toda la regencia de Cristina, de 1833 á 1840, y despues del gobierno de Espartero, de 1840 á 1843, y cuando procura uno darse cuenta del estado de los espíritus en el momento de la declaración de la mayor edad de la reina Isabel, en 1843, se ve con pasmo el extraordinario cambio que se ha realizado en todas las clases de la población. No es ya solo la superficie, como en 1814, la que ha sido turbada: no se ven solo á algunos individuos vivir á la moderna en cada ciudad, al lado de una multitud indiferente, miserable y resignada. El historiador, por el contrario, advierte por donde quiera otros modos de ver y de pensar; nuevos caminos se abren; nuevos tipos aparecen. Una actividad, hasta entonces desconocida, comienza á agitar todo el cuerpo social. Ayer no pensaba cada uno sino en permanecer en el puesto que por nacimiento le tocaba, como si enriquecerse por todo esfuerzo lícito le pareciera imposible. Hoy, esta inercia, esta resignación han desaparecido en la capital y en casi todas las ciudades. Para volver á hallarlas sería menester retirarse á algun lugarejo muy apartado, donde no hubiera llegado á fijarse edicto alguno de venta de bienes nacionales. Fuera de allí, en las demás partes, se despiertan nuevas esperanzas y la opinión se modifica. Los hombres quieren comerciar, especular y producir. Se piensa en hallar compensación á la pérdida de

las Américas explotando la riqueza del suelo de la patria. Aun se vive muy mal: la pobreza, la ignorancia y los apuros se sienten: pero al menos se vive. Cada cual ve las cosas por un prisma diferente: este llora lo pasado y teme lo futuro: aquel critica la tradición y es entusiasta del progreso: pero todos están de acuerdo en que ha surgido un nuevo mundo; en que se hallan en una época de transición.»

Era aquella, en efecto, época de transición y de cambio completo, pero indudablemente hacía lo mejor, y esto por varias razones: primera, porque en punto á cultura y bondad de costumbres apenas era ya posible empeorar partiendo de como estaba España en los últimos años de Fernando VII; segunda, porque, aunque un gobierno mas liberal no traiga por sí ventaja, entonces la trajo solo con ponernos mas en contacto con Francia é Inglaterra y con hacer mas accesible nuestro país á la superior civilización del resto de Europa; y tercera, porque la venta de los bienes del clero, aun para aquellos que la consideren despojo inicuo, no puede menos de ser contada como medio poderoso de aumentar la riqueza poniendo en manos codiciosas y activas una de las principales fuentes de donde la riqueza brota y que se hallaba en manos muertas.

De aquí resultó que, á pesar de la espantosa guerra civil que el funesto rey Fernando VII nos dejó en herencia para ser contrario y cruel con nosotros hasta mas allá del sepulcro, y á pesar de los gastos de dinero y de sangre que España hizo, España ganó en los diez años que á la muerte del Rey siguieron, y en 1844 estaba, por todos estilos, mucho mejor que en 1833.

Ya, aun antes de la muerte del Rey, el país en su totalidad y la sociedad y el aspecto de Madrid mejoraron algo desde el casamiento del Rey con doña María Cristina. Bastaron las esperanzas de libertad y cierto amor á las artes, que se puede afirmar que esta augusta señora trajo consigo, para empezar á producir favorable mudanza.

De ella nos da idea clara, en sus bien escritas Memorias, el imparcial y desapasionado Mesonero Romanos, de que algo extractaremos aquí. «Esta sociedad, dice, cohibida y contrariada por el gobierno en sus aspiraciones políticas, en su expansión y progreso intelectual, á falta de objeto mas importante en que ocuparse, había concentrado toda su vitalidad en el movimiento y los placeres de la vida social, y emancipándose del apocamiento y la estrechez en que antes vegetara, modificaba de día en día su actitud primitiva, extendía su mirada á mas halagüeños horizontes, y seguía, por un irresistible instinto, la marcha civilizadora del siglo, dejándose dominar por de pronto por el encanto del arte divino de la música. Esta afición de la sociedad matritense no era, como ahora, la expresión de una moda pasajera y de *buen tono*, sino un verdadero culto, una devoción entusiasta.» Y esta devoción no fué estéril sino fecunda, pues produjo ó hizo que brillasen artistas de profesion ó de afición, aunque de valer todos, como Ojeda, Unanue, Reguer, Reart y Copons, Carnicer, Saldoni, Iradier, Albeniz, Espin, Genovés y Masarnau.

La reina Cristina fundó entonces, en 1830, el *Conservatorio de música y declamación*, dándole su nombre; y, si mas tarde no ha producido todo lo que en esperanza prometía, dió por lo pronto un plantel de artistas distinguidos, entre los cuales descollaban, como cantantes, Manuela Oreiro de Lema, la Pañol y la Villó, y como actores, Julian Romea y Mariano Fernandez.

El Rey no quiso ser menos que la Reina, y, estimulado por su ejemplo, fundó en Sevilla la *Escuela de Tawromaquia*. Mucho se ha aprovechado de esto el espíritu satírico; pero, si bien se examina, no es la tal fundación para tan censurada: porque de *tawromaquia* se puede decir lo que de *erotaología* ó arte y ciencia de tocar las castañuelas dijo el fraile socaron que, á principios de este siglo, escribió un libro sobre dicha ciencia crotalógica; á saber, que, ya que se tocasen las castañuelas, debían tocarse bien. Aplicando la sentencia al toreo, puede y debe repetirse lo mismo: que, ya que se toree, conviene que sean buenos los toreadores, y, para que sean buenos, no hay mejor medio que el de fundar una escuela. Nosotros, pues, aunque somos poco aficionados á los toros, no

tenemos por disparatado ni por censurable, ya que toros hay, que el Rey fundase escuela donde se enseñase á torear bien.

Fernando VII, por otra parte, no se puede decir, como han dicho muchos, calificándole de rey-manolo, que solo amaba el torear; amó y patrocinó también, hasta á costa de sacrificios, las nobles artes del diseño. Por este amor, despojando sus propios palacios de sus mas hermosos cuadros y estatuas, fundó el espléndido Museo del Prado; y, favoreciendo á los pintores don Vicente Lopez, don José de Madrazo y don Juan Rivera, preparó y fomentó el rico florecimiento posterior que tuvo y tiene la pintura en España.

El Rey protegió asimismo la escultura y dió el primer ejemplo de hacer elevar, en una plaza, un monumento á una persona de condición privada, ni soberano, ni príncipe, y cuya gloria no nace de servicios militares, sino de grandes merecimientos literarios. La estatua de Cervantes, obra del escultor Solá, fundida en bronce y erigida en la plaza del Congreso, está allí por iniciativa y disposición de aquel monarca, quien dispuso también que se hiciese y colocase en la casa donde Cervantes murió la lápida que lo recuerda.

Mas tarde, con la protección decidida de la Reina gobernadora y con el movimiento intelectual que en todo se mostraba, cobraron fama y brillaron otros buenos y célebres pintores como don Federico Madrazo, Villamil, Esquivel, Elbo y Tejeo.

A pesar de la guerra, á pesar de la horrible plaga del cólera-morbo, Madrid y casi toda España tenían ya mejor aspecto en 1835. Un discreto observador francés, el señor Carlos de Mazade, pinta así este cambio: «La sociedad española, dice, hace menos de un siglo, hace veinte años apenas, no tenía mas que el placer para animarla. A él se entregaba con frenesí: con un abandono que iba hasta la licencia. Era galante y fútil. Un absolutismo estrecho le prohibía todo otro cuidado y empleo. El efecto repentino de la revolución, que sobrevino en 1834, hizo nacer nuevos pensamientos, nuevas necesidades, nuevos intereses, que inevitablemente debían pesar sobre las costumbres y darles carácter mas serio. No existen aun, en realidad, costumbres políticas en España; pero los negocios públicos tienen su lugar en la vida de cada uno, y, mientras que el ejercicio de la libertad llegue á entenderse en España, y logre normal desarrollo, llama la atención por lo pronto la animación introducida en la sociedad por los primeros ensayos del régimen constitucional.»

Por lo meramente político el señor de Mazade no nos elogia. Nuestros constantes pronunciamientos le parecen cómicos: deplorable, nuestra carencia de verdaderos hombres de Estado: «pero en esta sociedad tan profundamente agitada, añade, al lado de estas periódicas y estériles revoluciones de la política oficial, mientras que los partidos dan el espectáculo de sus recriminaciones é impotencia, se va realizando un lento y sordo trabajo: hay mejoras positivas; hay cosas prácticas excelentes que es menester ir á buscar lejos del ruido y donde la pasión política no interviene. He visto un presidio-modelo, donde se ha introducido el trabajo y la instrucción entre los condenados y donde se van ya tocando resultados lisonjeros. Una asociación para mejorar el sistema penitenciario ha contribuido con suscripciones voluntarias á fundar dicho establecimiento. Los de beneficencia progresan mucho, y se distinguen por el esmero y buen orden. No pocos se sostienen por la caridad privada. Citaré, en primera línea, el grande y hermoso hospital de Atocha, que puede rivalizar con todas las casas del mismo género. Otro establecimiento me ha dado un dato estadístico que no carece de interés moral: la inclusa. En poco tiempo, es de admirar la ventaja sensible que ha habido. En 1837 había en Madrid cerca de 1,500 expósitos, de los cuales 1,100 morían. En años posteriores, el número de expósitos se ha reducido á 1,300 y el de los muertos á 400 solo. Estos pormenores no son de despreciar, ya que demuestran ó al menos indican á la vez un progreso en la moral del pueblo y un adelanto en la administración.»

Celebra también el señor de Mazade los trabajos de la *Sociedad para propagar y mejorar la educación del pueblo*, de que hablan igualmente las Memorias de Mesonero Romanos. Para esta sociedad compuso Martínez de la Rosa *El libro de*